

ENSAYO LITERARIO

SOBRE LA LUZ Y LA OSCURIDAD (1)

Por ANTONIO PIÑERO CARRION
*Catedrático de Oftalmología de la Facultad de Medicina
de Cádiz*

MIS primeras palabras sean de gratitud por la gentileza de vuestra invitación a esta solemne sesión de apertura de curso del Instituto de Estudios Giennenses. A través del ilustre y entrañable compañero el doctor Vena, llegó a mí y consideré el honor y la deferencia con satisfacción y temor. Conocía la labor de vuestro Instituto, verdadera academia con todo el sentido tradicional de la palabra; conocía a algunos de sus ilustres miembros; sus publicaciones y su espíritu de superación; su calidad humana, su matiz universitario. Tuve temor, porque mi persona difícilmente podía llenar en este acto solemne todo lo que el Instituto merece.

No obstante, vine desde aquella milenaria tierra gaditana hasta este luminoso Jaén, confiando mucho más en vuestra tolerancia que en mi capacidad.

Hacen muy bien los giennenses y las dignísimas autoridades que rigen con acierto la ciudad y la provincia, hacen bien en exaltar y dar solemnidad y brillantez a estos actos, en mimar y cuidar estos organismos de cultura y estudio, que las ciudades es hermoso que prosperen en su comercio, agilidad, grandiosidad y fecundidad agricultora,

(1) Discurso pronunciado en el acto solemne de la apertura de Curso del Instituto de Estudios Giennenses, que tuvo lugar el día 28 de octubre del año 1967.

y en su industria, pero todo ello presidido y matizado por el afán y la búsqueda de cultura y de la verdad; que buscar la verdad con honestidad y lealtad en todas las ramas de la ciencia es buscar, al fin, el germen de toda elevación y prosperidad.

Gracias, pues, muchas gracias por el honor que me habéis hecho al permitirme ocupar esta tribuna en la que tantos hombres ilustres me han precedido y tened la certeza que si bien no váis a oír belleza en mis palabras, ni ciencia en mi torpe expresión, váis a escuchar intensamente los latidos de un corazón al compás del fervor, de la amistad y de la gratitud.

Y buscando un tema que, sin rehuir del todo lo que en mí es ocupación y estudio habitual, tuviera al mismo tiempo algún divertimento para un público acostumbrado a ver y oír el arte en máxima galanura, escogí el de la luz y las tinieblas para que, sin empaque profesoral, pero sí con cierta preocupación literaria, a la que con tanta frecuencia los médicos somos aficionados, conseguir, con la amable atención de ustedes, unos minutos, no muchos, de grato esparcimiento.

Luz y tinieblas. Hagamos lo que vamos a llamar, apología de la luz. En el Antiguo Testamento el contraste entre la luz y las tinieblas está tomado de la sucesión del día y de la noche, es decir, del ritmo natural de la luz y las tinieblas externas. Dios puso término al caos primitivo separándolas. Las descripciones poéticas de los salmos atestiguan la voluntad creadora y ordenadora de Dios. Y mirad: desde un principio la alteración de este orden, la tiniebla en pleno día es tomado como presagio y castigo. Como quiera que el hombre siente el día y siente la luz como tiempo de vida, del obrar y de la dicha, se saluda particularmente a la aurora o al sol naciente como autores de bendición que vienen de Dios. La noche es el tiempo de los lamentos y de los gemidos; el israelita que ama la vida no se imagina el reino de los muertos o el mundo subterráneo más que como un país de tinieblas y sombras. Con ello se ha pasado la frontera hacia una significación figurada y simbólica de la luz y las tinieblas, luz y vida se hallan en la misma relación de tinieblas y muerte, y este simbolismo se siente religiosamente porque Dios es considerado como fuente de luz; caminar en la luz es caminar en lo recto. Un dualismo más preciso se empieza a

notar más tarde en un judaísmo posterior, sobre el II siglo antes de Cristo. La antítesis de vida y muerte, verdad y mentira, luz y tinieblas domina el pensamiento. Luz y tinieblas se convierten en dominios antitéticos a los que pertenecen los hombres según su condición moral; son los dos caminos; son la raza de la luz y los nacidos de la sombra; en los últimos famosos manuscritos del mar Muerto se contraponen los hijos de la luz en guerra contra los hijos de las tinieblas; y se dice: «En la mano del príncipe de la luz está el imperio sobre los hijos de la justicia, pero en la mano del ángel de las tinieblas se halla todo poder sobre los hijos de la iniquidad»; los hombres casi parece que tuvieran que permanecer ineludiblemente a uno u otro bando aunque se impone en otros textos claramente el libre albedrío. En conjunto el vocabulario y la concepción de la luz y las tinieblas después de Cristo, tienen su raíz en el judaísmo posterior. Y en el Evangelio es clarísimo que el ojo no lo interpreta como órgano, sino como luz interna; la luz sigue siendo imagen de salud y vida: la luz que ilumina a todo hombre; hijos de la luz; luz del mundo; arrojado a las tinieblas; San Juan, sobre todo, tiene miles de citas sobre la luz; caminar en la luz vuelve a ser caminar el recto camino.

Pues bien, esta luz, real y simbólica, preside la vida de los hombres y, descendiendo a su percepción sensorial, preside el sentido de la visión que hace a las criaturas vivientes capaz de gozarla.

El más alto sentido del hombre, el que más le acerca a la Divinidad de su Autor, este sentido de calidad sobrenatural, este sentido por el que el hombre contempla y admira la belleza, tiene en los humanos un complejo proceso que tiene tres actos intrínsecamente distintos, el acto físico, regido por leyes físicas en que nuestros ojos recogen y enfocan la imagen sobre la retina y que exige en ellos la condición de transparencia; un segundo acto momento nervioso, que es al mismo tiempo mecánico, bioquímico y eléctrico en que la retina se impresiona, y un tercero y último acto, la elaboración y comprensión de la imagen; no basta ver, sino saber lo que vemos, y en esta última parte hay un infinito número de ciegos en el mundo que no lo son en apariencias; con qué distinta reacción hablan los hombres de lo que ven; qué distinta reacción ante un panorama de belleza en la naturaleza, ante una puesta de sol, una obra de arte hay quien pasa sobre ella sus ojos, impresiona su retina y su corteza y no comprende lo que ve; este momento psíquico

de la visión es el capítulo que más nos va a interesar para comprender, en cambio, el mundo de los ciegos, que siempre les queda en este último tercio la capacidad creativa, la capacidad de ver sin el momento físico y sin el momento nervioso, la capacidad imaginativa y la de exaltar los otros sentidos.

El ingreso en ese mundo de tinieblas surge al fallar uno de los tres momentos de la visión: mundo de las tinieblas que nosotros por nuestra profesión tocamos a menudo y que es muchas veces el fracaso y la lección constante de nuestra propia limitación en el ejercicio profesional; ese mundo de los ciegos, ese mundo nuevo y distinto del que ha perdido la visión o del que no la tuvo nunca, ha llenado las páginas de la literatura.

¿Cómo reacciona el hombre ante la pérdida de ese tesoro que es la visión?, fíjense que decimos pérdida, es decir, quien ha conocido el sentido y lo ha perdido, bien distinta reacción de aquel otro que no lo conoció nunca; que sus ojos no se abrieron nunca a la luz. En general como en otras muchas actividades humanas hay dos formas de reaccionar; dos caminos que vamos a diferenciar previamente: uno, el camino de la aceptación, el camino de la resignación, el camino del conocimiento de la propia limitación, transformada en estímulo para elevar el tono espiritual, que alcanza a veces cimas verdaderamente extraordinarias; y el otro camino triste, el camino rebelde, el camino del que no se conforma con su propia limitación, el camino del rebelde ante la enfermedad, ante esta máxima mutilación que es la ceguera; la literatura está llena de páginas interesantísimas sobre el mundo de los ciegos, traemos hoy aquí dos modelos, dos tipos de personas, dos formas de reaccionar ante este camino. Muchos de vosotros conocéis el ciego rebelde, nos lo ha destacado maravillosamente con su pluma de extraordinario autor en una obra de Buero, que se llama «En la ardiente oscuridad».

Vamos a hacer un comentario breve a esta obra, para que encaje en nosotros la postura del ciego rebelde y vamos a hacer a continuación un breve comentario también sobre una obra literaria de Nino Salvaneski, titulada «Consolación» en el que vamos a ver la reacción contraria, reacción de aceptación del sufrimiento y la reacción de la que surge una especial energía espiritual que nace precisamente de la mutilación, precisamente del sufrimiento (obra glosada en el discurso de la Consolación de los ciegos).

Mirad cómo habla el ciego rebelde; es el Ignacio de «La ardiente oscuridad»; ha entrado en un colegio de ciegos, que tiene las normas pedagógicas modernas de convencer a los chicos que allí estudian, en régimen más o menos de internado que su mutilación, que su ceguera, no es más distinta ni mayor que la que sufren muchos mortales que se cruzan por la calle a su paso; los hay jorobados, los hay torpes, tontos, cojos, sordos, mutilados de sentido, faltos de comprensión, faltos de caridad, llenos de odio, todas esas mutilaciones son, al menos, iguales que las tuyas; ellos son hombres capaces, toda la pedagogía de aquel centro donde viven alegremente está orientada en ese sentido; profesores que hablan del amor posible entre ciegos, entre un ciego y un vidente; hay chicos y chicas, se cortejan, se aman, sonríen, están alegres, juegan; y entra Ignacio que así se llama el ciego rebelde.

Forzado un poco por su padre a ir a ese colegio porque su carácter es melancólico y su tristeza constante, desde los primeros momentos que toma contacto con sus compañeros ya empieza a notarse en él la rebeldía ante su mutilación; dirigiéndose a ellos les dice: «todos vosotros que no tenéis derecho a vivir, porque os empeñáis en *no sufrir*, porque os negáis a enfrentaros con vuestra tragedia, fingiendo una normalidad que no existe procurando olvidar, aconsejando hasta duchas de alegría para reanimar a los tristes, ¡ciegos! ¡ciegos! y no invidentes os debéis llamar, imbéciles». Así le habla a sus compañeros el ciego rebelde y más adelante cuando le preguntan qué le pasa, cuál es su tragedia, cuál es su deseo que le hace siempre estar triste y melancólico; ¿qué quieres? le dicen; ¡quiero ver!, ¡sí ver!, aunque sé que es imposible; ¡ver!, aunque en este deseo se consuma estérilmente mi vida entera ¡quiero ver! No puedo conformarme, no debemos conformarnos ninguno y mucho menos sonreír y resignarnos con nuestra estúpida alegría de ciego; nunca, y aunque no hay ninguna mujer de corazón que sea capaz de acompañarme en mi calvario, marcharé solo, negándome a vivir resignado porque lo que quiero es ¡ver! ¡ver!; y cuenta como nació en él un sentimiento extraño de ridículo; os habría pasado a alguno de vosotros, les dice: va uno a bajar los escalones, cuenta tres, cree que han terminado y entonces se adelanta confiadamente y da un gran pisotón en el suelo; yo lo di y el corazón me dio un vuelco del mismo tono que el pisotón; apenas podía tenerme en pie, las piernas se me habían convertido en algodón y a mi alrededor las muchachas se reían a carcajadas.

«Tenía 15 años, entonces comprendí por primera vez, por qué estaba ciego y por qué tenía que haber ciegos. Es abominable que la mayoría de las personas, sin valer más que nosotros, gocen sin mérito de un poder misterioso que emana de sus ojos y con él pueden abrazarnos y clavar-nos el cuerpo sin que podamos evitarlo».

Termina diciéndole: «aquella vieja cantinela de las esquinas» «no hay prenda como la vista, hermanito», no armoniza bien con vuestra necia alegría estúpida, porque ellos no hacían como nosotros, no incur-rían en la tontería de creerse normales».

Fijaos bien, éste se goza en su propio sufrimiento, tiene rebeldía ante el hecho que le ha tocado sufrir y quiere gozarse en su sufrimiento, y este ciego rebelde contagia en el colegio a todos los demás muchachos, los perturba, hace que nazca el amor para compartir el sufrimiento con una de aquellas chicas que estaba alegre y tranquilamente enamorada de otro.

«Nosotros poseemos a pedazos, no como los que ven, una caricia, el arrullo momentáneo de la voz; en realidad cuando los ciegos se aman no se aman, nos compadecemos y tratamos de disfrazar esta triste piedad con alegres tonterías, llamándole amor sería mejor que no la disfrazáramos».

Cuando le dice a una chica que está contagiando violentemente con su angustia: escucha: ¿no te has dado cuenta al pasar por la terraza, de que la noche está seca y fría?; ¿no sabes lo que eso significa?, no lo sabes, claro; pues eso quiere decir que ahora están brillando las estre-las con todo su esplendor, que los videntes gozan de la maravilla de su presencia; esos mundos lejanísimos están ahí, tras los cristales, al alcance de nuestra vista, si la tuviéramos; a ti no te importa, pero yo los añoro, quisiera contemplarlas, siento gravitar su dulce luz sobre mi rostro y me parece que casi las veo».

Esta forma de hablar de IGNACIO, el rebelde, esta forma de expresar su tortura física, su angustia moral, ¡qué refinado aspecto de matices dolorosos tiene!

Pero tiene también su belleza y su elogio esta postura rebelde de IGNACIO. Porque son muchos los que no sienten la inquietud, apol-tronados en soluciones rastreras, sin capacidad para levantar el vuelo; sin espíritu de protesta y búsqueda. Hay en el mundo señoras, señores

muchos ciegos, ciegos sin remedio, en una oscuridad helada o tibia, que no quema ni da calor, que no arde como la de ese muchacho problemático, sin duda uno de los personajes más definitivos del teatro español, un tipo de auténtico cuajo metafísico.

Este sentido de lucha en busca de la luz, este braceo en tinieblas hacia la orilla de la verdad, es un trasunto de la esperanza; cuando CARLOS, el ciego conformista se dirige a él y le dice: «Tienes el instinto de la muerte». Dices que quieres ver... ¡lo que quieres es morir! contesta IGNACIO: «Quizá... Quizá. Puede que la muerte sea la forma de conseguir la definitiva visión». Y por si quedara alguna duda, el autor encabeza su obra con las palabras de San Juan «La luz vino en medio de las tinieblas y las tinieblas no la recibieron».

Pensemos, si por efecto de una conductibilidad establecida entre los cuerpos y las almas, toda la pena se mezclara con toda la alegría del mundo; ¿quién puede decir por qué lado se rompería el equilibrio?; ¿por el de la pena?, ¿por el de la alegría?

Este problema del sufrimiento que tan mal lleva IGNACIO, ante el que rebeldemente protesta, cuanto se enderezaría si se pensara que no hay ningún progreso en el ser humano sin algún misterioso tributo de lágrimas; no es de extrañar, si alrededor nuestro, cuando vemos algunas de estas tragedias de hombres privados de luz, cuando se acentúan las sombras, imaginemos que por dentro la luz se agranda pues desde este punto de vista, bajo todas sus formas, todos sus grados, el dolor no sería más que una consecuencia natural de este mismo movimiento por el que somos engendrados; este mecanismo del bien y del mal empezamos a admitirlo en nuestra mente como con la evidencia de una experiencia universal nuestro corazón tiene que acatar esta rebelión, esta dura, ley; es necesario que en la quiebra dolorosa de la operación que nos forma, descubramos algún valor positivo que la transfigure y la haga aceptable. Esta es la reacción contraria al ciego que acabamos de ver; es donde interviene con un papel irremplazable la sorprendente visión de la formación cristiana; el *sufrimiento transformado en expresión de amor y en principio de unión*. El sufrimiento considerado como adversario al que se trata de vencer, el sufrimiento vigorosamente combatido hasta el final y sin embargo el sufrimiento racional como el de Ignacio, pero cordialmente recibido en la medida en que al arrancarnos

de nuestro egoísmo y al compensar nuestra falta, es capaz de centrarnos sobre nuestro origen.

De este mismo autor Buero Vallejo, es el «Concierto de San Ovidio», obra de un gran valor teatral donde se dibujan seis tipos de ciegos que son extraídos del Hospital de Quince veinte de París, fundado en el siglo XIII para mendigos ciegos; la escena transcurre en el siglo XVIII; un explorador mercader los saca del hospicio para formar con ellos la primera orquestina de ciegos y hacerlos actuar en la famosa feria de San Ovidio de París; el protagonista, DAVID, es un tipo melancólico soñador, pero con una fe en la liberación de los ciegos por la música y la cultura enorme; él cree, que lo sacan de allí para enseñarle definitivamente a tocar su violín y se ve convertido por la necesidad y la tiranía en un miembro de aquella grotesca orquesta en una barraca de feria, montado sobre un pavo real, símbolo de la vanidad, adornados con capirotes de astrólogo y unas enormes gafas de cartón que miran la partitura, boca abajo, tocando ante las carcajadas de los feriantes, un chinchín ridículo de copla callejera. A este David, melancólico y terrible, la burla le llega tan hondo que le induce a matar al explorador, para lo cual, le sorprende en la oscuridad que él provoca dando un bastonazo al farol. «Ya estamos ciegos los dos, le dice, y es inútil que te muevas ni que huyas, porque yo te huelo y te siento». El final del acto de la barraca es de un final impresionante: los ciegos lloran a través de sus gafas postizas, humillados, hundidos. Así lo dice DAVID: lloré como una mujer; los ciegos no somos hombres; ese es nuestro más triste secreto; somos como mujeres medrosas, sonreímos sin ganas, admiramos a quien manda y puede convertirnos en payasos, porque hasta un niño nos puede hacer daño; vosotros no podéis saber lo fácil que es herirnos. Y es estremecedora la cantinela del otro ciego que ha convertido su mutilación en un resentimiento vital, en apoyo para el odio; odia a los que ven, sólo por eso, porque ven; y repite de continuo: ¡Qué los cuelguen a todos!, bis.

Frente a ellos el sufrimiento erigido en principio activo de humanización y de divinización universal, es la respuesta de este otro autor NINO SALVANESCHI que tiene ese libro extraordinario que se llama «Consolación» del que son estos párrafos: «Desde hace diez años soy ciego; desde hace diez años tengo encadenada mi libertad y vivo en una casa que tiene las ventanas cerradas; pero las cadenas son alas y las

prisiones son mundos». Así con mis ojos ciegos, continúa SALVANES-CHI, viendo las señales y veredas, las heridas y encrucijadas de los otros, he sentido frecuentemente vergüenza de ser probado de manera demasiado suave; mas he inclinado la cabeza casi con orgullo de haber puesto yo también mi moneda de cobre en el tesoro del mundo; moneda que se ha convertido en un capital de paciencia y renunciamiento». Y mirad estas bellísimas ideas: «Soy el ciego juglar que canta en el recodo del camino; detente un poco y escúchame», escuchémoslo: Un día encontré el destino, que es ciego; de cerca lo seguía la fortuna, que es también ciega; escucha: si quieres encontrar fortuna no rechaces tu destino. Otro día encontré el amor que es ciego; de cerca lo seguía la fidelidad, que es también, siempre ciega; escucha: si quieres ver el rostro de la fidelidad no engañes al amor; las cosas más hermosas del mundo tienen los ojos cerrados. Y dice a su mujer vidente: un día dijiste: Si pudiera darte los ojos te los daría para que gozases la luz; y yo reiría en esta nueva oscuridad por esta alegría tuya». Te sonreí sin contestar porque no se juega nunca a invertir los puestos de la propia suerte; sabe, sin embargo, que la tuya al sol, es mucho más amarga que la mía en la noche, porque yo te poseo a ti mucho más de lo que tú me posees a mí; mi vida es una pobre ilusión en tus manos; la tuya una hermosa realidad en las mías. ¡Qué alma gigante la que le permitió decir ante su sufrimiento vencido, esta hermosa frase definitiva: «Los hombres no han aprendido todavía a inclinarse cuando pasa el huracán».

Nadie valora tanto la amistad como los ciegos; ¡qué pronto conocen por un suspiro, por un silencio a sus acompañantes y amigos. Me decía a mí un ciego inteligente: Hay quien te coge delicadamente como si fueras de vidrio, quien te trata con exagerada solicitud, como si fueras un niño pequeño, quien te carga y descarga como un fardo o quien tira de ti como un perrito.

Y todo este mundo de las tinieblas va a tener unas características especiales cuando el ciego es un niño. ¿Cuáles son los medios que permitirán al niño ciego conocer el mundo en el que han de vivir? ¿Cuáles la influencia de la ceguera sobre su inteligencia y su carácter? La edad en que la ceguera sobreviene juega un papel de primordial importancia; no es lo mismo el niño que no vio nunca, que el que tuvo las primeras sensaciones luminosas antes de los cuatro años y quedó

ciego a esta edad; el que las tuvo entre los cuatro y los ocho años o el que fue ciego después de los ocho años.

Las sensaciones percibidas al principio de la vida no pueden dejar una huella impresionante en el joven cerebro; pueden intervenir quizás como las sensoriales innatas, heredadas de un largo pasado, pero la retina responde a esas excitaciones elaborando la sensación, poniendo en marcha ese momento psíquico de la visión; si la ceguera sobreviene entre los cuatro y los ocho años el niño, quizás, pueda construir algunas imágenes visuales muy estrechas. Después de los 8, seguramente las adquisiciones recibidas le permitan guardar ya, una buena representación del mundo exterior.

Cada uno de nosotros podemos ensayar por un esfuerzo de memoria y concentración del pensamiento la forma de hacer revivir las impresiones de la infancia: un viaje hecho en la época, la casa en que nosotros vivíamos, los padres, los amigos que nos visitaban, todo lo que nos rodeaba personalmente; yo, antes de los cinco años no recuerdo concretamente hechos claros de mi infancia. Ocurre esto un poco como en la sordomudez; es mudo el niño que pierde el oído, que se hace sordo, antes de los cuatro años, a pesar de que escuchó hablar a su lado, pero no elaboró la sensación. Sin embargo, pensar un momento en algunas sensaciones de la niñez, en algunas imágenes de la niñez que no hemos vuelto a ver; lo claramente que permanecen en nuestro cerebro; lo concretamente que está ante nosotros. Aquí es donde nosotros debemos apoyarnos para saber luego como es la vida interior del niño ciego; las bases sobre las cuales pueden adquirir luego nuevas impresiones, de suerte que el estudio de un niño ciego hay que dividirlo en tres tipos distintos: los que no abrieron sus ojos jamás a la luz o la perdieron antes de los cuatro años; otros que la perdieron en esa edad intermedia de los cuatro a los ocho años y los que se vieron privados de la visión después de los ocho años.

Son límites naturalmente artificiales, que tienen un valor relativo, porque no todos los niños responden de la misma manera; hay un factor personal; hay algunos que pueden guardar recuerdos más luminosos; el papel de la educación, el papel de la inteligencia poned un grupo de niños normales ante un mismo espectáculo: ¡qué diversas respuestas psíquicas! La impresión será y permanecerá mayor y más indeleble

para unos que para otros; igual puede hacerse con una comparación auditiva o parlante o con una impresión de una obra musical, ¡qué distinto el recuerdo para unos y para otros!

Tampoco es despreciable el papel de las asociaciones sensoriales; observemos el niño en las primeras semanas de la vida: el pequeño-hombre abre los párpados, mira los elementos de la sensación que le rodea, las variaciones que nosotros llamamos luminosas, llegan a su retina y hacen nacer en ella las mismas mutaciones químicas que en el adolescente o en el adulto; la retina está ya preparada; la energía física se transforma en corriente nerviosa y llega a los centros nerviosos donde va a nacer la sensación nueva para él. Bien pronto le vemos interesarse por la luz, ya abre los ojos, a veces la mira en principio y huye de ella porque le produce en su retina un choque inútil, aislada sensación de luz que no representa nada; luego le provoca los reflejos, la reacción de la pupila; llega a agitar ya su estado cerebral; hay una serie de sensaciones instintivas, esta impresión primera aislada todavía inútil, se va a asociar con otras impresiones sensoriales: la vista de la madre que se aproxima, la vista del seno o el biberón que le va a nutrir; la sensación de bienestar físico, de confort, de hambre aplacada, todas estas impresiones profundas, las primeras que nosotros registramos en el recién nacido, asociadas luego al contacto de los brazos maternos, no se olvidarán jamás. Preguntarle a cualquier persona con años si tiene todavía grabada instintivamente la presencia maternal; ciertamente os dirá que sí; nuestro cerebro mezcla todas estas impresiones innatas heredadas quizás de un largo pasado y las asocia con la sensación luminosa incipiente. También vuelve a utilizar el niño ciego otras vías de conocimiento: el contacto con el mundo exterior; pero él no olvidará nunca la impresión primordial de estas sensaciones auxiliares, esto es cierto para él como lo es cierto para el adulto y para cualquiera. Si uno de nosotros asiste a un concierto, las impresiones auditivas no son las visuales, el aspecto de la sala, el director de orquesta, la presencia de los que nos rodean van a fijarse estrechamente en nosotros; el olor, el ambiente va a constituir todo un estado de moral física; vamos a encontrarnos con un conjunto de sensaciones bien intrincadas que no podremos jamás del acto de haber oído el concierto; todas ellas las podrá encontrar también el ciego. Mirad lo que escribe Lasi-zeranne, una autora francesa; había perdido la vista por accidente

a la edad de 8 años: «Guardaba claramente el recuerdo de mi cuarto de juegos y al recoger ahora una pequeña rama de pino, su suavidad, el olor de la resina fresca, me produce un gran encanto y parece que ese olor me recuerda claramente el espesor del bosque de aquel invierno pasado cerca del Mediterráneo y un conjunto de bosques de pinos en el país del Sol; «Este recuerdo imaginativo del niño ciego, es una visión psíquica; claro está; que en el que ha visto está apoyada en algunas sensaciones primitivas. Una sensación visual no es nunca aislada; se asocia siempre a otras venidas por sentidos diferentes.

Hace unos años, glosaba Marañón en un artículo bellissimo, el libro del gran humanista y político egipcio TAHA HUSEIN, ciego, quien describía su tierra del Oriente, de la que tenemos todos una visión dominada por la luz y el color, con una extraordinaria realidad a pesar de sus pupilas apagadas desde su niñez; en sus páginas no se echa de menos la luz. Y es que el hombre moderno es el esclavo de sus ojos. La vista nos proporciona un repertorio de sensaciones, tan rico, tan sugestivo, que hemos sacrificado otros sentidos; olvidamos que la magia visual tiene un reverso: la superficialidad a veces y la fugacidad de la imagen vista. El mundo de los ojos, es sin duda infinitamente maravilloso, mas su culto idolátrico nos puede hacer abandonar los altares de los otros sentidos. Por exceso de ver, hemos dejado de oír lo que puede oírse en eso que hoy nos parece silencio; hemos dejado de gozar de los encantos del contacto consciente y sabio de las superficies, nunca iguales a sí mismas y cada una de ellas llena de sentido; y de gustar los matices infinitos que enlazan la amargura y el dulzor, los dos únicos sabores a que ha quedado reducida nuestra pobre boca y hemos abdicado, en fin, a la maravillosa identificación de los hombres y de las cosas, antes de verlos o después de desaparecidos, por su olor, por la fruición del vasto mundo de emanaciones, rigurosamente individuales de cada ser humano, que torpemente tratan de sustituir los perfumistas. TAHA HUSEIN no ha visto la luz ni el color de su oriente, pero no a pesar de ello, sino gracias a ello, su descripción tiene un pasmoso relieve y una vitalidad entrañable. Para el ciego, el muro de una casa palapado al pasar, el piso de la calle en que se apoya el pie, la risa de un interlocutor, el tenue jadeo del amanecer en verano tiene dimensiones que no podemos concebir. Para el ciego, la oscuridad y la soledad se diferencian de la claridad y del ambiente poblado, por ruidos.

por inegables aleteos de algo que no se ve imperceptibles para el que tiene los ojos abiertos; otras veces por ráfagas ligeras de olores en las que vienen aladas noticias de cosas, de seres remotos en el espacio, en el tiempo o en nuestra memoria. Marañón nos cuenta la famosa anécdota del Greco, cuando para ver la profundidad de las cosas se sentaba en un rincón oscuro, cerraba los ojos y se tapaba la cara con las manos; el Greco era también oriental y sabía como TASA HUSEIN más que nosotros de todas estas cosas; nosotros de las llamas, el fulgor y nada más; el Greco con los ojos cerrados veía y pintaba después la forma y dimensiones de las llamas exactas, como el perfil de las rocas; y veía mejor que nosotros las llamas y las almas; y la luz del mundo sin luz, que es infinita; pues también es mágico Señor, el mundo de tus tinieblas.

Escuchar un viajero inteligente que nos describe un paisaje que nosotros no hemos visto jamás; en una región en la que no hayamos estado nunca; representará las escenas, los horizontes del país que nos describe, las forestas, el ardor del sol, si es el Trópico, de tal modo que nosotros lo vemos, lo vemos con nuestra imaginación, con una riqueza extraordinaria. Sí, son los medios de hacer nacer la luz en el cerebro del niño que ha visto; todo esto será muy útil en el proceso educativo, en el estudio del proceso educativo del niño ciego. La presentación de la realidad, la creación cerebral, forma una parte importantísima de la psicología del niño ciego. Pero en el niño que no ha visto jamás esta creación del espíritu puede nacer igual que nosotros recordamos esas cosas de la niñez, con nuestra imaginación poética; es muy difícil que sin haberlo conocido nunca tengamos recuerdos natos; sin embargo, el momento psíquico de la visión no está muerto, está quizás apoyado primitivamente no en la sensación de luz y de vista; mirad lo que decía Helen Keller, la famosa sordo-muda ciega que perdió la visión a los dos años de una grave enfermedad, una meningitis sin duda, y quedó sorda, muda y ciega.

«Durante los primeros 19 meses de mi vida yo tengo una impresión extensa, vasta y verdeante, dice ella, de un cielo luminoso, de unos árboles en flor y de una oscuridad que siguió luego a mi espíritu».

«Cuando se ha visto una sola vez la luz del día no se olvida nunca», así Helen Keller cree haber conservado un capital bellísimo pequeño

de luz. Escribe en un libro famoso: «Los árboles están inmóviles y blancos (describiendo un paisaje nevado), como un friso de mármol; de ellos emana un perfume de resina, el sol hace tintinear las ramillas, que están como cargadas de gotas de diamantes que se caen en el fondo del huerto; la luz refleja, es tan intensa que hasta mis ojos de ciega están impresionados».

Es una descripción maravillosa de un paisaje nevado, que no pudo ver nunca, ni recordar nunca, sólo aquella primitiva luz de sus dos primeros años, es el apoyo que tiene esta memoria, psíquica, para que esta mujer construya su visión.

Claro está, que se trata en este caso de una mujer de «elite», selecta, con un espíritu extraordinario. Tenemos así los medios diversos que el niño ciego utiliza para crear su visión del mundo exterior; el ruido, el olor, el calor mismo, le hablan de los aspectos diversos que él tiene alrededor; puede incluso tener la idea de sus colores igual que existen para los otros que al fin y al cabo no son más que una creación de nuestro cerebro; es una idea abstracta, es una interpretación de nuestro cerebro; nosotros sabemos de hombres que ven, que dan a los días de la semana o a los meses del año, o a una nota musical, una representación visual coloreada; el verde nos acompañará siempre a la descripción de la yerba húmeda pisada por los pies; los niños ciegos tienen también esa misma impresión; nosotros se la haremos revivir habiéndole de ellas, utilizando el nombre de ellos, se imaginarán el color propio o lo asociarán quizás a una idea del color o a otras cosas, a otras sensaciones.

Esta idea viva que explicaba Hellen Keller, diciéndoles a los que veían: «El azul de vuestro cielo y el verde de vuestros prados no son el azul y el verde de los míos, pero yo tengo necesidad de mis colores». La noción de la distancia es también familiar al niño ciego desde el principio de su vida. El se da cuenta de los objetos que tiene alrededor, de los que puede tocar con sus manos y de los que están, lejos y no alcanza con su mano; cada día, a todas horas, los ruidos le dan relación entre la distancia y la grandeza aparente del objeto.

En un colegio he presenciado cómo para crear en el ciego la idea de la distancia y de la pequeñez le hacen tres maquetas de distinto tamaño, una mayor, otra mediana, otra más pequeña de una casa con

un perro. El niño ciego va tocando la casa grande y el perro grande, entonces el profesor vidente le dice: así la veo yo cuando estoy cerca y veo los detalles de la casa y los detalles del perro; luego pone en sus manos la casa mediana y el perro mediano y le dice: ya he andado unos pasos y me he alejado un poco de la casa y del perro, ya apenas distingo muy detalladamente el perro en su jaula, la chimenea, y luego, por último, le pone en las manos al pequeño ciego la maqueta pequeña; entonces le explica que así la ve el vidente cuando ya está muy lejos; esta sensación entre tamaño y lejanía la he visto yo claramente comprendida en muchos pequeños ciegos.

Para aquellos otros para los cuales la ceguera ha sobrevenido después de los 8 años, es un poco diferente; la personalidad de estos niños difiere, sin duda, del que es vidente de la misma edad, pero puede decirse sin paradoja que la diferencia no es tan grande; aunque sea tan grande su mutilación; alrededor de las imágenes que él conserva en su imaginación, se fuerza constantemente en utilizar los elementos de visión conservada dando a todas las cosas un aspecto visual.

Marcel Prevost, en una historia sobre ciegos, hace decir a su héroe, privado de la vista a los 9 años: «Muchos años pasados después y a pesar de que las estaciones florecían y dejaban de florecer inútilmente para mis ojos cerrados a la luz, yo entendía y comprendía que mientras os estaba hablando, una brisa suave y profunda como aquella que hace que el aletear de los pájaros sobre los pinos mueva las hojas, agitaba las cimas melodiosas, traía a mi oído una música que tenía su flujo y su reflujo: era un ruido sublime para todos aquellos oídos sensibles a la armonía de la naturaleza; para mí, estos ruidos son el canto de la vida y de la muerte; cada vez que yo los escucho, mis queridos recuerdos se ponen delante de mí; los pinos cantan todas las veces que yo hago la ruta de mi casa hasta la ermita, cantaron entonces y siguen cantando, los pinos de mi país son la voz misma de mi amor. Sin duda se trataba de un músico; comprendió que todo dominio auditivo se traducía luego en una sensación casi visual; estos recuerdos que él no dejaba perder embellecían la vida del ciego, la visión interior del mundo exterior. Será así más completa esta visión interior que no necesita sólo el ciego, sino que lo necesita también el vidente para completar la visión.

Hay que ser en esto un poco optimistas; yo en el trato con los ciegos he llegado a serlo; hay que creer un poco en la frase bíblica de «que la luz sea», porque siempre se hace en el alma del ciego un poco de luz.

Es la gran ayuda de todos los sentidos, recuerdos del tacto, auditivos, olfativos asociados en el cerebro del niño ciego le hacen una representación cada vez mejor del mundo; sobre estas fases edifica su creación cerebral; si más tarde él debe vivir solamente para sus semejantes y entre los semejantes podrá tener nociones que podrá utilizar como guía de conocimiento; tendrá una parte de luz en la vida de los hombres. Si no quiere comprenderlo así, si no lo hace así, será un extranjero en el mundo en el que él no tendrá más remedio que vivir.

El ciego que ayudado de un vidente o solo o del brazo de otro ciego va circulando por la calle, utilizará bien rápidamente todas las sensaciones, los ruidos sobre todo los que le guían, cada calle, cada casa, cada escalón puede mover sus sentidos; todos serán para él nuevos elementos de reconocimiento.

Se encontrará la prueba si observamos nosotros a los animales familiares; la vida de relación con el mundo exterior no es siempre la misma en los distintos animales, el perro ve, pero se sirve mucho más de su nariz que de sus ojos, es por el olor por lo que encuentra su comida, su necesidad, su rincón; el gato, en cambio, vemos cómo utiliza su oreja constantemente, mucho más que sus ojos. Para estos animales se ha dicho que la ceguera es una pequeña enfermedad. Para el vidente que no tiene más que sus ojos, la ceguera es una muerte.

Al vidente que no tiene más que sus ojos, que no sabe ver lo que mira, que no sabe comprender lo que mira, le ocurre un poco como aquel recién nacido que decíamos que tiene la sensación de luz abordada por sus ojos, pero sin valor, que no la completa, que necesita una educación; la visión, pues, necesita una educación. Yo pongo siempre el ejemplo de uno de mis pequeños operados de cataratas congénitas que tenía diez años, que antes de su operación le mostraba mi reloj de bolsillo entre mis manos, lo reconocía, tocaba sus caras, su tapa, el cristal, el metal, lo ponía a distancia de su oreja y decía: es un reloj. Después de operado rápidamente le mostré el reloj delante de sus ojos ya rendidos a la luz. No me pudo decir qué era el

objeto, tuvo que aprenderlo, lo tocó entonces, lo escuchó, lo reconoció, entornó sus ojos entonces y tuvo la nueva sensación de la visión; la vista, como el tacto, necesita de una educación.

Todos los sentidos menos uno, van dando al niño ciego la concepción del mundo en el que va a vivir. Este estudio fisiológico, verdaderamente científico del niño ciego y de sus sensaciones, no nos puede retener más tiempo. Hace falta que constantemente tengamos presente los que tratamos los niños ciegos y estamos en contacto con los ciegos, una noción de importancia capital: en el mundo de los vivos, donde nuestros pequeños ciegos deben vivir un día, hacen falta que le comprendan, porque sus cambios y reacciones espirituales agradables y fructíferas pueden hacer algún día que no se sientan extranjeros en el mundo de los que ven.

Cuando el niño sea hombre, surgirá de él un hombre verdad. La historia está llena de ejemplos; citemos muy de pasada algunos.

Andrè Maurois cuenta la historia del músico Barbieri, compositor casado con una mujer de sentimientos delicados y de voz dulcísima, pero con un rostro afeado por unas grandes quemaduras; Barbieri ciego supo que podía ser sometido a una intervención quirúrgica con bastantes probabilidades de recuperar su visión y la rechazó; algo notó o casi intuyó en su mujer pasados los años escribía el ciego compositor: «Ciego disfruto de la benevolencia universal por mi padecimiento y tengo el privilegio de escapar de la envidia y al odio; es un derecho que tengo como ciego: no contemplar las cosas feas de la vida y no quiero perder ese derecho».

Y la frase del ciego de Prevost: los sonidos de una tarde pesada de verano son bien distintos de los de una silenciosa noche de diciembre.

Y los ciegos de Valle Inclán, supersticiosos e intuitivos; Liberata la magnífica, de Aguila de Blasón.

Y muchos ciegos en la historia, hombres famosos, héroes de la voluntad y del sacrificio que dieron ejemplo a la humanidad; mirad que tres nombres: Homero, Milton, Galileo; padre, el primero, de la poesía, sus poemas son como ríos que proceden de los más íntimo de los sentimientos humanos. Milton dictando sus versos del Paraíso a sus hijas, y Galileo, inutilizado por la ceguera cruel y dolorosamente en el auge de sus trabajos.

Y en la educación y servicio de los ciegos, dos nombres universales: Haüy y Braille; el primero creando el primer instituto de ciegos, y el segundo abriendo la cultura a todos con el sistema de lectura de puntos.

Y el milagro viviente de Hellen Keeler y Anna Sullivan, que muchos de vosotros habéis visto en la escena; dos mujeres a quien no sabemos cuál admirar más, si a la ciega o la formidable maestra prodigio de voluntad gigante al servicio de la enseñanza.

Y Fray Luis cantando a la música de Salinas ciego en aquellos sonoros versos:

«¡Oh!, suene de continuo, Salinas
vuestro son en mis oídos,
a cuyo son divino
despiertan mis sentidos,
quedando a los demás adormecidos».

En fin, señoras y señores: Todo el universo huyendo de las tinieblas buscando la luz interior. Luz más luz, exclama Goete moribundo y esa luz que acaricia los ojos que tuvieron tanto movimiento y que se van volviendo estáticos, es una persistencia obstinada de mantener la vida de un ser luminoso en trance de pasar a las sombras.

Señor, que vea, exclama el ciego del Evangelio ante la pregunta de Jesús. Y este clamor que arranca de las entrañas mismas de la humanidad lacerada por una de las mayores desventuras, resuena en el tiempo y en el espacio como una inquietud, como un deseo y como una esperanza.